

LA RAÍZ ANTROPOLÓGICA DE LA LITERATURA

LITERATURE'S ANTHROPOLOGICAL ROOT

Castillo, Genara*

Universidad de Piura, Perú

genara.castillo@udep.pe

Resumen

Este trabajo reflexiona acerca de la íntima relación entre la filosofía –en su dimensión antropológica– y la literatura. Lo literatos recogen de la vida humana sus temas, sus personajes, sus ideales. Ambas –literatura y vida del hombre– si bien ocurren en el tiempo, aluden a historias que son contadas o vividas desde lo más humano, desde lo que trasciende y está fuera de lo temporal. En ese entrelazamiento de lo temporal y de lo intemporal –expresado con la consiguiente agudeza y sensibilidad– la literatura logra una conexión con los lectores. Ella cuenta historias, hace versos, describe, suscita sentimientos, pensamientos y valoraciones muy humanos y busca –conscientemente o no– otorgar sentido a la realidad y a los diversos acontecimientos. En medio de esa actividad resalta el “ser personal” tanto de quienes hacen literatura como de quienes la reciben, cada quien de una manera personal y libre.

Palabras clave: literatura, filosofía antropológica, vida humana, inteligencia, libertad, acto de ser personal.

Abstract

This work reflects about the intimate relationship between the philosophy –in your dimension anthropological– and the literature. The writers collected from human life, their issues, their characters, their ideals. Both –literature and life of man– even though they occur in time, allude to stories that are told or lived from the more human, since it transcends and is out of the temporary. In that the temporal and timeless –entanglement expressed with the consequent a wit and sensitivity– the literature makes a connection with readers. She tells stories, makes verses, describes, arouses feelings, thoughts and very human ratings and search –consciously or not– give sense to reality and to the various events. In the midst of this activity highlights the “personal to be” both those who do literature and those who receive it, everyone in a personal and free way.

Keywords: literature, philosophical anthropology, human life, intelligence, freedom, act of being personal

Recibido: 22/04/2016 - **Aceptado:** 21/06/2016

* Doctora en filosofía por la Universidad de Navarra. Postgrado en Psicopedagogía y en Orientación Familiar. Profesora de la Universidad de Piura – Perú. En postgrado es profesora de *Antropología de la dirección* en el Máster en Dirección y Gestión Empresarial y de *Teoría del Conocimiento* en el Ph. D. de Gobierno de Instituciones del PAD-Escuela de Dirección, de la Universidad de Piura. Ha escrito una decena de libros de Pedagogía y de Filosofía.

Introducción

El presente artículo tiene como propósito establecer una relación entre filosofía y literatura, tratando de ir en profundidad hasta la raíz antropológica de la literatura. Qué duda cabe que tanto la filosofía como la literatura son dos vías de conocimiento y expresión de la realidad humana. La filosofía se pregunta y profundiza en la riqueza y la complejidad del ser humano; y a través de la literatura –de sus diferentes géneros literarios– se muestra la condición humana de manera aguda y genial.

Pero más allá del hecho de que la actividad filosófica se enriquece mucho con la obra literaria y ésta con aquella, en el fondo de aquella relación entre antropología filosófica y literatura, late una pregunta: ¿por qué?, y en esa línea de la búsqueda de los “por qué” más profundos emprenderemos la tarea de buscar la raíz antropológica de la literatura, centrándonos básicamente en el autor de la obra literaria.

Por tanto, en esta primera aproximación nos plantearemos las siguientes cuestiones: ¿qué tienen los seres humanos que son capaces de crear obras literarias? ¿Por qué hacemos narrativa literaria, versos y poesía? Dicho de otra manera: ¿por qué los animales no hacen literatura? Ya que es propio del filósofo detenerse en aquello que parece evidente, no pasarlo por alto, sino considerarlo atentamente, es lo que trataremos de hacer en este trabajo.

Estructura narrativa, temporalidad e intemporalidad

Siguiendo la ruta de los géneros literarios clásicos, empezaremos por detenernos en la raíz antropológica de *la actividad narrativa* y preguntarnos: ¿por qué el ser humano narra? Evidentemente existen múltiples razones, en filosofía se distinguen

las causas inmediatas de aquellas mediatas o últimas, que están en la naturaleza humana. Por ejemplo, cuando una persona está triste se puede preguntar ¿por qué? seguramente lo podemos saber enseguida averiguando las causas inmediatas: lo que le ha ocurrido, su tipo de carácter, las circunstancias; pero el filósofo se pregunta aún más: ¿por qué le acaece a un ser humano la tristeza?

Así, una causa inmediata del narrar puede ser el que nos sentimos desbordados y buscamos aclararnos, lo que se expresa en la frase “si no lo cuento, exploto”. Sí, es verdad, tal como veremos después, el narrar lo que nos sucede nos ayuda a entenderlo, pero no se trata de un simple reacción mecánica, porque también a un animal le puede acaecer algo que no acierte a encajar, y busca –instintivamente– cauces para superar dicha situación, ya que si lo que le sucede le impacta fuertemente puede recurrir a quedarse quieto (al modo catatónico), es decir que “se hace” el muerto, o tiene una “tempestad de movimientos” con lo cual intenta probar muchas salidas, muchas veces sin acertar.

Lo que queremos decir es que si bien ante algo que nos impacta fuertemente podemos –y quizá hasta debemos– contarlo, todavía hay causas más profundas. No basta la simple experiencia de lo vivido, si bien las vivencias han enriquecido notablemente el arte literario; pero las vivencias solas no bastan, no toda la gente que tiene una vivencia la cuenta, ya que una cosa es vivir y otra es contar.

Tendremos que ir hasta la condición humana más profunda, hasta su naturaleza y ahí podemos empezar por advertir que ésta se encuentra sujeta a la temporalidad; sin embargo, la índole temporal atañe no sólo al ser humano sino también al animal. Es claro que la narración humana y la narración literaria son posibles gracias al tiempo. Como

se sabe, en la narración literaria se relatan una serie de sucesos que van concatenados, relacionados, de muchas maneras, y todo ello se da en el tiempo. Incluso, el autor literario cuenta con el tiempo y "dispone" de él en la narración, haciendo que la trama se despliegue de tal manera que despierte el interés y hasta subyugue o embelese al lector.

Con todo, la temporalidad es condición necesaria pero no suficiente para la actividad narrativa. Si damos por descontado que *toda vida humana tiene una estructura narrativa* debido a su temporalidad, podemos seguir preguntándonos por la razón de fondo. Ya hemos señalado que los filósofos suelen preguntarse por lo evidente. ¿Qué es ese algo más? Nos parece que si bien nuestra vida transcurre en el tiempo, a diferencia de otros seres que viven en él, los seres humanos tenemos la capacidad de trascenderlo.

Por ello los animales no pueden narrar, aunque les ocurran muchas cosas. Evidentemente no tienen lenguaje articulado (lo cual no significa que no tengan otro lenguaje), pero en el fondo no pueden narrar porque no tienen conciencia del tiempo; para poder tenerlo tendrían que tener una dimensión intemporal, gracias a la cual poder advertir lo temporal.

Los seres humanos tenemos una dimensión intemporal gracias a la inteligencia, con la que se puede captar lo universal, lo infinito, lo intemporal y por tanto distinguir aquello que no lo es y poder narrarlo. Es lo diferencial del ser humano respecto de los animales, los cuales si bien están dentro del tiempo no tienen conciencia de él: "En ningún caso, el animal tiene conciencia del proceso temporal, entre otras razones porque tener conciencia de la secuencia, es decir, del orden sucesivo, exige una conciencia inteligente" (Segura, 2008).

Ser consciente del tiempo requiere de algo que nos haga capaces de estar "fuera" de él, de lo contrario no podríamos darnos cuenta de él, su dinámica nos envolvería ciega e inmisericordemente: "Si una de las dimensiones principales de lo que llamamos inteligencia es el ser conscientes, el "hacemos cargo" o "hacemos dueños" de la situación, esa conciencia consiste, precisamente, en primer lugar en la capacidad de sintetizar el tiempo de una forma más intensa. Ser conscientes significa comprender el pasado como pasado y relacionarlo con el proyecto de un futuro comprendido como futuro, y todo ello centrado y presencializado (presente) en referencia al sujeto o, si se quiere, aunque la expresión es aquí equívoca, al yo" (Alvira, 1997, p. 345).

Es gracias a la inteligencia, que es de índole intemporal, que estamos en condiciones de alumbrar lo temporal y quizá tal vez por ello en algún caso al narrar algo – conscientemente o no– se quiera "arrebatarle" al tiempo esa fugacidad, al entregarlo a otros, confiando en que lo narrado vivirá en ellos o al plasmarlo por escrito puede haber la esperanza de que permanezca a través del tiempo. Pero justamente debido a esa superioridad de nuestra condición racional, como también el narrar lo sucedido es –como ya señalamos– un recurso que nos ayuda a entenderlo mejor:

La narración es un medio privilegiado que nos permite comprender la praxis propia y la ajena. Narrando lo que nos ha pasado podemos objetivar luego nuestra praxis y averiguar si nuestras decisiones y comportamientos han sido acertados o si, por el contrario, nos hemos equivocado prácticamente, si hemos sido imprudentes al actuar. (Odero, 1998; p. 490)

Verdad y ficción

Así pues, los seres humanos al tener la capacidad de trascender lo temporal gracias

a su inteligencia, pueden preguntarse por el significado de lo que les sucede y por su finalidad, es decir pueden acceder a la verdad, y con ello a lo bueno y a lo bello, que deberían ir juntos, ya que son algo propiamente humano. Según Rafael Alvira (1997):

La belleza es, junto a la verdad y la bondad, un radical humano. Sin la relación a lo verdadero, lo bueno y lo bello, no se constituye eso que llamamos mundo humano. Pero lo característico de la belleza es que tiene carácter de inmediata para nosotros. Para saber qué es verdadero o bueno, debemos reflexionar. La belleza, por contra, se nos impone: me gusta algo o no me gusta. (...) Si no se procura mostrar la belleza de lo que es moralmente bueno, no conseguiremos inculcar el bien a nadie. Verdad, bien y belleza se deben distinguir, pero no se pueden separar. Sin estética no hay ética. (p. 3).

Quizá un ámbito donde se pueda plasmar la belleza de manera especial es en la lírica. Y es que, de acuerdo con la sentencia clásica la belleza es el "esplendor de la verdad", es lo que da unidad tanto a la naturaleza de las vivencias humanas como a su manifestación en la obra literaria. Como es sabido, junto con lo racional se tiene esa dimensión sensible y afectiva donde también se da el encuentro entre los seres humanos.

En la lírica el autor transmite sentimientos que surgen o son inspirados por una realidad que logra afectarle o que le sugiere de tal manera que le lleva a expresarlos tanto en prosa como en verso, ya que la obra lírica, si bien frecuentemente se nos da a través de poemas también incluye la prosa poética; ambos se asientan en la sensibilidad humana, que –como señalamos antes con la narrativa– es una actividad originada, sostenida e influida por la inteligencia humana y que compartimos con todos los seres humanos. De ahí que siempre que hay inspiración y expresión

lírica se mueven sentimientos propiamente humanos que van cargados de contenido, de valoraciones, etc.

Así, en el famoso inicio de *Platero y yo* (Jimenez, 1980): "Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro. Lo dejo suelto y se va al prado y acaricia tibiamente, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas..." (p. 1), se despiertan sentimientos de sencillez, de ternura, de respeto profundo, todo lo cual pone de manifiesto la sensibilidad de su autor.

Helena Ospina de Fonseca lo dice con la agudeza y sublimidad que la caracterizan en *Splendor Formae* (1995):

Para escribir
se requiere un *estado* del alma,
y de ánimo,
un temple de voluntad,
y una fijeza del intelecto,
para poder esculpir
el verbo,
musical y sonoro,
de imágenes y sensaciones" (p. 101)

Tenemos entonces que es desde la inteligencia –unida a la sensibilidad y afectividad– como se puede contactar y poseer la realidad. Si bien cuenta la subjetividad de cada persona, la verdad se puede ofrecer y captar a través de un mensaje que aun pasando por la subjetividad del autor literario y del receptor, posee una dimensión inteligible universal, de lo contrario la obra literaria se quedaría como "silente". Tal como recoge el Diccionario de la Real Academia Española (<http://www.rae.es/publicaciones/obras-academicas/diccionarios-de-la-real-academia-espanola>): "lo universal es lo que pertenece o se extiende a todo el mundo, a todos los países, a todos los tiempos".

Como es obvio poseer y expresar la verdad no supone agotar la realidad, ya que suele haber un progresivo acercamiento a la realidad y también modos distintos de presentarla, que no anulan esa entraña conceptual gracias a lo cual podemos entendernos hasta en los temas más básicos y elementales. Como señala Kurt Spang (2009): "basta un conocimiento parcial, siempre y cuando las características del objeto observado y pensado se encuentren realmente en este objeto; con otras palabras, la verdad de conocimiento requiere solamente una adecuación al objeto formal. Lo que es verdadero para un espíritu no puede ser falso para otro" (p. 45).

En este sentido afirma Ricardo Yepes (1996) que "toda obra cultural lleva dentro una verdad que podemos legar a comprender, aunque cueste tiempo y esfuerzo, y sólo en parte se consiga" (p. 329). Así pues, la parcialidad y la diversidad no está reñida con la verdad, con la universalidad, que es lo uno en lo diverso.

Brevemente podemos subrayar que la verdad es la posesión de la realidad, y en el ser humano tal tarea de apropiación es progresiva y por tanto es diversa en la vida de cada quien, pero en todo caso la verdad siempre hace referencia a la realidad. Al respecto, son oportunas las afirmaciones del profesor Álvaro Pombo en su discurso de ingreso a la Real Academia Española, y que tiene como título "Verosimilitud y verdad" (2004):

He aquí otro texto de *Poesía, ciencia y realidad* que me cautivó en aquel momento: «Esta intelección de la realidad, sea científico o poético su modo, ¿es plenamente posible para el hombre? Y si no lo es de manera plenamente satisfactoria, ¿deberá el espíritu humano conformarse con su propia limitación, o podrá esperar para sí mismo un estado distinto del actual y terreno, en el que su ansia de entender

el mundo alcance satisfacción íntegra y cabal? He aquí, en tal caso, una cuarta actitud intelectual ante el mundo, junto con la intuición sensorial, la explicación racional y la penetración esencial o metafísica de la realidad; a saber: la esperanza de una intelección esencial y primaria». (p. 11).

En este sentido, afirma Claudio Magris, en la introducción a la entrevista realizada a Mario Vargas Llosa (2001):

(...) la novela cuenta la verdad de la vida también –a veces sobre todo– mostrando y narrando las vicisitudes de personajes que no encuentran esta verdad, que la deforman y que sólo en aquel doloroso vivido de su deformación nos hacen experimentar la verdad del mundo. (pp. 9-10).

La verdad de la obra literaria tampoco es incompatible con su ficcionalidad. Se ha afirmado frecuentemente que la literatura es contar la verdad a través de mentiras, pero en rigor no se trata de mentir sino de crear una ficción que es irreal, y con ello aludir a algo muy verdadero; con lo cual no hay que confundir lo irreal con lo falso.

Desde luego que en una creación literaria hay ficción, los acontecimientos y personajes no son reales, son imaginarios; pero eso no los invalida porque hay una verdad en su tema, y a través de su forma y verosimilitud nos manifiesta su fondo y nos transmite su mensaje. Así nos lo recuerda Kurt Spang (2009):

No podemos sospechar en el artista auténtico, que pretenda embaucar al receptor con su obra. Trabaja en serio y no miente; lo que hace es crear una representación de hombres, mundos y circunstancias ficcionales (...) En términos estrictos, cualquier representación, artística o no, es ficcional por el simple hecho de que está ausente en ella lo que representa, lo que no significa que la ficción y la ficcionalidad equivalgan a la nada. Es irreal en el sentido de no existir en la realidad. (pp. 116-117).

Don y libertad del ser personal

Como ya hemos señalado, la capacidad de narrar lo temporal sólo es posible desde lo intemporal y ello es gracias a la inteligencia humana, con la que se puede acceder a la verdad incluso a través de la ficción. Sin embargo, en la riqueza y complejidad de la condición humana que se manifiesta en las obras literarias late el radical no sólo de la inteligencia humana sino de su ser personal. No sólo las vivencias son personales sino su expresión –también la literaria– y su recepción lo son también.

Dicha personalización o subjetividad, tanto del autor como del receptor de la obra literaria no anulan lo común de la naturaleza humana que es compartida por todos. De esta manera se une admirablemente lo humano universal con lo personal. Así, cada autor puede crear un mundo imaginario, con un modo o estilo determinado, en una trama en la que existe consciente o inconscientemente una valoración de circunstancias, personajes, vivencias, etc., que llevan una "impronta" personal y que a la vez puede ser algo ofrecido y entendido por diversos receptores y es que junto con nuestra gran originalidad tenemos un denominador común por el que guardamos una estrecha semejanza con los demás, lo cual es expresado por el célebre proverbio latino: "Hombre soy y nada de lo humano me es ajeno".

El *qué* se narra, el *cómo* se narra y el *sentido* de lo que se narra nos ponen en contacto con una o más vida(s) humana(s), que ya sea que posea(n) poca o inmensa riqueza humana; en cualquier caso corresponde a un determinado ser humano, lo cual no anula esa especie de "hermandad" que se da en cuanto a la especie humana. Cuando escuchamos o leemos una buena narración podemos sentirnos parte de las experiencias que ahí se narran.

Por eso también en la narrativa literaria, en la poética, podemos vernos –de alguna manera– "reflejados" en dichos acontecimientos, nos conmueven, nos interpelan, nos ofrecen una gran oportunidad para reflexionar y poder mejorar nuestras vidas. Se trata de algo más que la simple imitación, no es sólo el despliegue de las llamadas neuronas "espejo" a lo que se refiere la neurociencia, sino de la emulación que se desprende de la intelección, de la valoración, de la *admiración* y de su gran fuerza de arrastre.

Por ello se suele decir que el narrar, el contar una historia, es una actividad tan humana. Desde muy antiguo el ser humano ha contado historias que no son sólo grandes gestas heroicas o épicas, sino historias de la vida ordinaria, sucesos que le han llamado la atención a él y que son propias o ajenas. Con todo, dicho arte no surge –como ya advertimos– de una manera instintiva o mecánica, sino que es algo más profundo todavía, es un don libre y generoso que tiene su raíz en una persona única, irrepetible e insustituible.

Saber contar no es suficiente, hay que querer hacerlo; saber expresar poéticamente lo vivido aun intensamente, es sólo una de las condiciones de posibilidad, porque uno puede conocer detalladamente las técnicas de los diferentes géneros literarios, pero si no quiere hacerlo, no hay fuerza humana en el mundo que le va a obligar a hacerlo.

Por eso, en definitiva, la literatura, como toda obra de arte es una donación personal que conlleva bastante *generosidad* para ofrecer de manera adecuada una obra que puede ser de gran enriquecimiento para quienes lo reciben. Es decir, que la apertura de la persona y su entrelazamiento con otras, que se da en el arte literario, es algo tan enriquecedor que incluso debería tratar de

hacerse aún por las personas que no tuvieran el oficio literario; más todavía en una época en que se vive cada vez más de prisa, y con riesgo del aislamiento, quizá sea una práctica muy conveniente el *fomentar la práctica narrativa* y la expresión de los sentimientos en diversos ámbitos, en la escuela como en la familia y entre amigos.

Tenemos entonces una realidad de gran riqueza que está en la raíz de la obra literaria, y que es justamente la realidad de *la persona*. Según Leonardo Polo (1991), la persona es más que la naturaleza: "El hombre es más que naturaleza y por eso la continua, esa continuación señala que el hombre es espíritu" (p. 171).

Continuar la naturaleza, saber decirla o cantar su verdad, añadir creativamente, es acción personal, no es de la especie humana, sino de cada *quien*. Esta apertura generosa y libre de la persona humana a la realidad del universo, a otras personas humanas y divinas, es novedad radical tanto en el acto de crear como en el de recrear la obra literaria.

El ser personal, moviliza a las facultades racionales para preguntarse o enjuiciar aquello que le pasa, para *descubrir* su *significado* y *dotar* de *sentido* a lo que le ocurre, a sus vivencias. Y ésta es una de las causas de por qué la literatura es tan enriquecedora, porque con la obra en cierto modo se nos da el autor y podemos "vivir" parte de él, nos hace entender y sentir la realidad como él, es algo así como si miráramos por sus ojos.

Lo más alto de comprender es justamente el sentido de nuestra vida, la misión personalísima que cada persona posee, y junto con ello los grandes temas humanos del dolor y la felicidad. Todo ser humano aspira aún de manera inconsciente, a una vida plena, a ser feliz; por ello la presencia del mal ha llevado a que el hombre de todos los tiempos se pregunte ¿por qué? Y

se ensayan diferentes respuestas que pueden compartirse en diálogo con los demás, a través de la obra literaria.

No pocas veces junto con el problema del mal y del dolor se ha dado cuenta de esa gran prerrogativa humana que es la libertad: Existen líneas temporales abiertas por la libertad, como también cerradas por ellas. Las obras literarias expresan el querer libre del hombre y su plasmación en actos que afectan no sólo al protagonista principal sino también a otros. De ahí que una de las oportunidades que presenta una obra literaria es reflexionar acerca de la libertad humana. El mismo perdón es un acto de generosidad y de amor, que aparta de los senderos de la venganza, pero su *raíz* es justamente la libertad personal.

Asimismo, junto con la narración de los diferentes tipos de males, desde los físicos hasta los psicológicos y morales, las obras literarias han puesto de relieve las diferentes actitudes que se pueden tener respecto de ellos y sus consecuencias, la esperanza o desesperación en caso de dejarse llevar –libremente– de unos sentimientos u otros que afectan al protagonista y a los que están a su lado. Así, como señala Fuensanta Caballero (1995), en la obra *Romeo y Julieta* William Shakespeare, da cuenta del amor entre Romeo y Julieta que se desarrolla en el marco del odio entre dos familias que desencadena la tragedia de dos jóvenes enamorados, y que llega al triunfo del amor (p. 27).

Tenemos entonces que los grandes temas humanos, como el de la amistad, el amor, el mal, la traición, el odio, etc., desfilan a través de las grandes obras literarias, pero todo ello se engarza en el ser personal, en cada *quien*. Por eso también, el *amor humano* es el gran tema, porque alude a la raíz personal.

Todos los géneros literarios desde la novela a la poesía han plasmado el intrínquilis que conlleva el amor humano, el cómo es capaz de sacar de nosotros energías insospechadas, cómo nos remueve de manera tan honda porque el amor personal radica en el ser personal. Es lo que Shakespeare hace decir a Julieta cuando le dice a Romeo que ella no le ama por ser de la familia de los Montesco, sino que le ama a él por ser la persona que es, independiente de cualquier circunstancia.

En suma, en la actividad literaria se plantea indefectiblemente la pregunta sobre *la realidad* y en especial la del *ser humano*. Sólo éste se pone frente a la realidad preguntándose y ensaya respuestas personales, muchas de las cuales se encauzan a través de la literatura. Por eso hay que acercarse a una obra literaria con confianza, con sencillez, sin prejuicios, sin resabios, abiertos a descubrir el don que se nos da y la persona que acompaña el don –su obra– y que es su autor.

Por eso podemos considerar el modo como está el autor en su obra. ¿Está solamente en lo que mira, en lo que oye, en lo que percibe o siente, en lo que piensa? Desde luego que eso cuenta, está su memoria, los recuerdos, el pasado que permanece explícito o implícito; y también su imaginación, junto con lo que tiene en su inteligencia y en su voluntad. La imaginación tiene varias funciones: asocia, relaciona de diferentes maneras, según semejanzas y diferencias, con relaciones de causa-efecto, más o menos proporcionales, etc., pero no funciona de manera independiente sino en relación con otras dimensiones y capacidades de cada quien.

Una imaginación activa es potenciada por una inteligencia, una voluntad y unas

tendencias configuradas por cada quien de manera personalísima. Luego a través de esa imaginación podemos crear o componer imaginativamente otros mundos posibles, situaciones distintas, acciones concretas.

Por ello donde se ve de manera decisiva la acción personal del autor es en su cosmovisión, en sus convicciones, en sus valores, en sus hábitos, en sus acciones, que aparecen indefectiblemente reflejados –aun indirectamente– en su obra, pero todo ello respaldado por la originalidad tan alta que cada persona porta consigo. Invitar a ese descubrimiento es una de los grandes retos de la literatura, por ello también su vitalidad y vigencia, promovida en estos días, contribuye a que siga siendo una gran actividad *humanizante* y *humanizadora*, *personalizante* y *personalizadora*.

Conclusión

De acuerdo con lo expuesto, la raíz antropológica de la literatura radica de una parte en la capacidad racional del ser humano, es con su inteligencia –que unida a sus potencias sensibles y afectivas– le permite atisbar lo intemporal, dar cuenta de lo temporal y de lo que ahí sucede; es en ese ámbito en el que se plantean las cuestiones acerca de la verdad de lo que acontece en la vida humana y su sentido. De otra parte, junto con la índole racional del ser humano está el acto de ser personal de cada quien, el autor y del receptor de la obra literaria, quienes de manera personal y libre crean –o recrean– la obra literaria.

Referencias bibliográficas:

- Alvira, R. 1997. El sentido del tiempo y la integración psico-física. Anuario Filosófico, 30: 337-351.
- Alvira, R. 1997. Dimensiones estéticas de la empresa. Cuadernos de Empresa y Humanismo. 67: 2-13.

- Caballero, F. 1995. La naturaleza del amor en Romeo y Julieta. Revista de Facultad de Educación de Albacete. 10: 21-34.
- Jimenez, J. R. 1980. Platero y yo. Barcelona. Bruguera.
- Odero, J. 1988. Filosofía y literatura de ficción. Anuario Filosófico. 31: 487-517.
- Ospina, H. 1995. Splendor Formae. San José, C. R.: Ediciones Promesa.
- Pombo, A. 2004. Verosimilitud y verdad. Madrid: RAE.
- Real Academia Española. s/f. Diccionario de la Real academia española. Disponible en: <http://www.rae.es/publicaciones/obras-academicas/diccionarios-de-la-real-academia-espanola>
- Segura, A. 2008. Estructura del tiempo de la vida. Revista Miscelánea Poliana. 21. Disponible en: <http://www.leonardopolo.net/revista/mp21.htm#Armando>
- Shakespeare, W. 1988. Romeo y Julieta. Madrid: Cátedra.
- Spang, K. 1988. Ética y estética en la literatura. Anuario Filosófico. 21: 171-181.
- Spang, K. 2009. El arte de la literatura. Otra teoría de la literatura. Pamplona: EUNSA.
- Vargas llosa, M. y Magris, C. 2011. La literatura es mi venganza. Barcelona. Seix Barral.